



Lo que realmente pasó en Perú

Cassandra Clare y Sarah Rees Brennan



Así que siguió con el charango, a pesar de que le habían prohibido tocar en la casa. También lo hicieron desistir de tocar en la calle un niño que se echó a llorar, un hombre con unos papeles que le hablaba de la legislación municipal y una pequeña revuelta.

Como último recurso, se fue a las montañas y tocó allí. Magnus estaba seguro de que la estampida que presencié fue una coincidencia. Las llamas no podían juzgar cómo lo hacía.

Lo que realmente pasó en Perú









Fue un momento triste en la vida de Magnus Bane cuando el Consejo Superior de los brujos peruanos le prohibió la entrada en Perú. No sólo porque los carteles con su foto que se distribuyeron por el submundo de aquel país lo mostraran tan poco favorecido, sino sobre todo porque Perú era uno de sus lugares favoritos. Allí había vivido muchas aventuras, y tenía montones de recuerdos fantásticos, empezando por aquella vez en 1791, cuando había invitado a Ragnor Fell a acompañarlo en una festiva escapada por Lima.

1791

Magnus se despertó en la posada de carretera a las afueras de Lima, y una vez que se hubo ataviado con un chaleco bordado, calzas y brillantes zapatos de hebilla, fue en busca del desayuno. En su lugar se encontró con la posadera, una mujer robusta con una larga melena cubierta por una mantilla negra, que mantenía una preocupada conversación con una de las criadas sobre alguien que había llegado hacía poco.

—Me parece que es un monstruo marino —oyó susurrar a la posadera—. O un tritón. ¿Cómo puede sobrevivir en tierra?

—Buenos días, señora —saludó Magnus—. Por lo que oigo, parece que mi invitado ha llegado.

Ambas mujeres parpadearon dos veces. Magnus supuso que el primer parpadeo se debía a su vistoso atuendo, y el segundo, un parpadeo más lento, a lo que acababa de decir. Les dedicó a ambas un alegre gesto de despedida; traspasó las amplias puertas de madera que daban al patio y lo cruzó hasta la sala común, donde se encontró con su colega brujo, Ragnor Fell, enfurruñado al fondo de la sala con un tazón de chicha de molle.

—Tomaré lo mismo que él —dijo Magnus a la mesera—. No, espere un momento. Tráigame tres.

—Diles que yo tomaré lo mismo —intervino Ragnor Fell—. He conseguido esta bebida señalando con insistencia.

Así lo hizo Magnus, y cuando volvió a mirar a Ragnor vio que su viejo amigo volvía a ser el de siempre: horrorosamente vestido, profundamente melancólico e intensamente verde de piel. Magnus a menudo daba gracias de que su marca de brujo no fuera tan evidente. A veces resultaba muy incómodo tener los ojos verde dorado y pupilas verticales como un gato, pero, por lo general, los podía disimular fácilmente con un pequeño *glamour*, y si no, bueno, había bastantes damas y caballeros que no lo consideraban un inconveniente.

—¿Sin *glamour*? —preguntó Magnus.

—Dijiste que me uniera a ti en viajes que serían un incesante *tour* de desenfreno —le contestó Ragnor.

Magnus sonrió radiante.

—¡Sí que lo dije! —Calló un momento—. Perdóname, pero no veo la relación.

—He descubierto que tengo más suerte con las damas en mi estado natural —le explicó Ragnor—. A las damas les gusta la variedad. Había una mujer en la corte de Luis, el Rey Sol, que decía que nada se podía comparar a su «querida lechuguita». He oído que en Francia se ha convertido en un apelativo cariñoso muy popular. Y todo gracias a mí.

Hablaba en el mismo tono melancólico de siempre. Cuando llegaron las seis copas, Magnus se apropió de ellas.

—Me harán falta todas éstas. Por favor, traiga más para mi amigo.

—También hubo una mujer que me llamaba su «dulce ejotito de amor» —continuó Ragnor.

Magnus bebió un largo y reconfortante trago, miró el brillante sol del exterior y luego las copas que tenía delante, y se sintió mucho mejor.

—Felicidades. Y bienvenido a Lima, ciudad de reyes, mi dulce ejotito.

* * *

Después del desayuno, que consistió en cinco copas para Ragnor y diecisiete para Magnus, éste guio a Ragnor en un recorrido por Lima, desde la fachada dorada, sinuosa y tallada del palacio del arzobispo hasta los edificios de brillantes colores de la plaza, con sus casi obligatorios y elaborados soportales, donde hubo un tiempo en que los españoles ejecutaban a los criminales.

—He pensado que estaría bien comenzar por la capital. Además, ya he estado aquí antes —explicó Magnus—. Hará unos quince años. Me la pasé estupendamente, si no tenemos en cuenta lo del terremoto que casi se tragó la ciudad.

—¿Tuviste algo que ver con el terremoto?

—Ragnor —le reprochó Magnus—, ¿no puedes echarme la culpa de cualquier catástrofe natural que ocurra!

—No has contestado a la pregunta —insistió Ragnor, y suspiró—. Confío en que serás... más formal y menos como tú de lo que sueles ser —le advirtió mientras caminaban—. No hablo el idioma.

—¿Así que no hablas español? —preguntó Magnus—. ¿O no hablas quechua? ¿O es que no hablas aimara?

Magnus sabía a la perfección que, fuera a donde fuese, era un forastero, y se aseguraba de aprender todos los idiomas que podía para viajar a donde le apeteciera. El español había sido el primero

después de su lengua materna. Y ésta no la hablaba con frecuencia. Le recordaba a su madre y a su padrastro; le recordaba el amor, la oración y la desesperación de su niñez. Las palabras de su país le pesaban en la lengua, como si cuando las pronunciara tuviera que hacerlo con toda la intención, como si tuviera que ponerse serio.

(Había otros idiomas, como el purgático, el gehennic y el tártaro, que había aprendido para poder comunicarse con los habitantes de los reinos demoniacos; eran idiomas que se veía obligado a usar con frecuencia por trabajo. Pero éstos le recordaban a su padre biológico, y tales recuerdos eran aún peores.)

En opinión de Magnus, la sinceridad y la seriedad estaban muy sobrevaloradas, al igual que lo estaba el verse obligado a revivir momentos desagradables. Prefería con mucho divertirse y mostrarse divertido.

—No hablo ninguno de esos idiomas —le contestó Ragnor—. Aunque debo de saber idiótico chapurrero, porque te entiendo a ti.

—Eso ha sido innecesario e hiriente —observó Magnus—. Claro que puedes confiar en mí totalmente.

—Lo único que te pido es que no me dejes aquí solo. Tienes que jurármelo, Bane.

Magnus alzó las cejas.

—¡Te doy mi palabra de honor!

—Te encontraré —le advirtió Ragnor—. Encontraré cualquier baúl de prendas absurdas que poseas. Y meteré una llama donde duermas y me aseguraré de que se orine sobre todo lo que tengas.

—No hace falta que nos pongamos desagradables —replicó Magnus—. No te preocupes. Te enseñaré todas las palabras que necesites. Una es «fiesta».¹

Ragnor frunció el ceño.

—¿Y qué quiere decir?

Magnus alzó las cejas.

1. En español en el original.

—Quiere decir «diversión». Otra palabra importante es «juerga».

—¿Y qué significa esa palabra?

Magnus guardó silencio.

—Magnus —reclamó su atención Ragnor con tono molesto—. ¿Esa palabra también significa «fiesta»?

Magnus no pudo evitar la sonrisa irónica que se fue dibujando en su rostro.

—Me disculparía —dijo—. Pero no lo lamento en absoluto.

—Intenta ser un poco serio —le sugirió Ragnor.

—¡Estamos de vacaciones!

—Tú siempre estás de vacaciones —le recordó Ragnor—. ¡Hace treinta años que estás de vacaciones!

Era cierto. Magnus no se había asentado en ningún lugar desde la muerte de su amante; no había sido su primera amante, pero sí la primera que había vivido con él y que había muerto en sus brazos. Magnus había pensado en ella con la suficiente frecuencia como para que mencionarla ya no le doliera. Su rostro, en el recuerdo, era como la distante belleza de las estrellas: imposible de tocar, pero brillando ante sus ojos por las noches.

—No me canso de las aventuras —respondió Magnus sin darle gran importancia—. Y las aventuras no se cansan de mí.

No tenía ni idea de por qué Ragnor volvía a suspirar.

El carácter suspicaz de Ragnor siguió entristeciendo a Magnus y lo decepcionó, como cuando visitaron el lago Yarinococha, y Ragnor entrecerró los ojos mientras preguntaba: «¿Esos delfines son de color rosa?».

—¡Ya eran así cuando llegué aquí! —exclamó Magnus indignado. Calló un momento para reflexionar—. Estoy casi seguro.

Fueron de la costa a la sierra contemplando todos los paisajes de Perú. Quizá el favorito de Magnus fuera la ciudad de Arequipa, hecha de piedras labradas que, al ser tocadas por el sol, brillaban con un blanco tan deslumbrante y resplandeciente como la luz de la luna al chocar contra el agua.

Allí también había una joven muy atractiva, pero al final ésta prefirió a Ragnor. Magnus podría haberse pasado la vida sin involucrarse en un triángulo amoroso de brujos, o sin oír el apelativo supuestamente cariñoso de «adorable planta carnívora» dicho en francés, idioma que Ragnor sí entendía. Sin embargo, éste se mostraba muy complacido y por primera vez no parecía lamentar haber acudido a la llamada de Magnus.

Al final, la única manera que tuvo Magnus de persuadir a Ragnor de dejar Arequipa fue presentándole a otra jovencita, Giuliana, que conocía los caminos de la selva y les aseguró a ambos que podía guiarlos hasta la ayahuasca, una planta con grandes propiedades mágicas.

Más tarde, Magnus tuvo motivos para lamentar haber escogido esa opción, al verse arrastrado por los verdes caminos abiertos a machetazos de la selva tropical del Manu. Todo era verde, verde, verde, allí adonde mirara. Incluso su compañero de viaje.

—No me gusta la selva tropical —dijo Ragnor tristemente.

—Eso es porque no estás abierto a nuevas experiencias del mismo modo que yo.

—No, es porque es más húmeda que el sobaco de un oso y dos veces más apestosa.

Magnus se apartó de los ojos una rama de helecho que goteaba.

—Admito que, con tus palabras, has dado en el clavo y al mismo tiempo has creado una imagen muy impactante.

Era verdad que la selva no era cómoda de transitar, pero sí era impresionante. El intenso verde del sotobosque no se parecía al de las delicadas hojas en lo alto de los árboles, las brillantes formas sutiles de algunas plantas que se agitaban entre las ramas como cuerdas. El verde que lo envolvía todo quedaba roto por repentinas interrupciones brillantes: el intenso color de las flores y el rápido movimiento que indicaba la presencia de animales.

A Magnus le gustaron especialmente los monos araña, refinados y relucientes, con largos brazos y patas que extendían sobre los árbo-

les como estrellas, y también el salto veloz y tímido de los monos ardilla.

—Imagínate —dijo de pronto Magnus—. Yo con un mono por mascota. Podría enseñarle trucos. Incluso vestirlo con un saco como el mío. ¡Sería como yo! Pero con más pinta de mono.

—A tu amigo se le ha ido la cabeza con el mal de altura —anunció Giuliana—. Estamos a muchos metros sobre el nivel del mar.

Magnus no estaba seguro de por qué había llevado una guía, excepto porque parecía calmar a Ragnor. Era probable que la gente siguiera obedientemente a sus guías en lugares desconocidos y peligrosos en potencia, pero Magnus era brujo y, llegado el caso, estaba bien preparado para mantener una lucha mágica con un demonio jaguar. Sería una anécdota excelente que impresionaría a algunas de las damas que de forma inexplicable no se sentían atraídas por Ragnor. Y quizá también a algunos caballeros.

Iba distraído, pensando en demonios jaguar y recogiendo fruta cuando, de repente, Magnus se dio cuenta de que se había separado de sus compañeros: estaba perdido en la verde selva.

Se detuvo para admirar las bromelias, enormes flores iridiscentes como cuencos hechos de pétalos, vibrantes de color y humedad. Había ranas en el interior de los huecos llenos de agua de las flores, brillantes como joyas.

Entonces se encontró cara a cara con los redondos ojos castaños de un mono.

—Hola, compañero —lo saludó Magnus.

El mono hizo un ruido horrible, entre un gruñido y un siseo.

—Comienzo a dudar de la belleza de nuestra amistad —manifestó Magnus.

Giuliana les había dicho que no retrocedieran si se les acercaba un mono, sino que se quedaran quietos y se mantuvieran tranquilos. Ese mono era mucho más grande que cualquier otro que Magnus hubiera visto, con unos hombros anchos, nudosos y gruesos, de pelaje casi negro. Magnus recordó que se llamaba mono aullador.

Magnus le tiró un higo. El mono lo agarró.

—Bueno —dijo Magnus—, demos este asunto por acabado.

El mono avanzó, masticando de un modo amenazador.

—Me pregunto qué estoy haciendo aquí. Me gusta la vida de la ciudad, ¿sabes? —comentó Magnus—. Las luces brillantes, la gente, el entretenimiento líquido. La ausencia de monos que aparecen de repente.

Desoyó el consejo de Giuliana y dio un elegante paso atrás al tiempo que le lanzaba otra fruta. Esta vez el mono no la agarró. Se agazapó y soltó un gruñido, y Magnus retrocedió varios pasos más hasta chocar con un árbol.

Se tambaleó por el impacto, y agradeció que nadie lo estuviera mirando y esperara de él que se comportara como un brujo sofisticado. El mono le lanzó un manotazo directamente a la cara.

Magnus gritó, dio media vuelta y salió corriendo a toda velocidad por la selva tropical. Ni siquiera pensó en dejar caer las frutas, que fueron cayendo una a una formando una brillante cascada mientras Magnus corría como alma que lleva el diablo para alejarse de la amenaza simiesca. Lo oyó perseguirlo y aceleró la carrera, hasta que perdió toda la fruta y fue a estrellarse contra Ragnor.

—¡Ten cuidado! —le soltó éste.

—En mi defensa diré que estás muy bien camuflado —señaló Magnus, y luego narró dos veces con detalle su terrible aventura con el mono, una para Giuliana en español y de nuevo para Ragnor en inglés.

—Pues claro que tenías que apartarte al instante del macho dominante —dijo Giuliana—. ¿Eres idiota? Has tenido mucha suerte de que la fruta lo distrajera y no te arrancara el cuello. Ha pensado que querías arrebatarle a sus hembras.

—Perdona, pero no tuvimos tiempo de intercambiar ese tipo de información —señaló Magnus—. ¡Cómo lo iba a saber! Además, les aseguro a ambos que no he hecho ningún tipo de avance amoroso hacia las hembras simio. —Calló un momento y les guiñó un ojo—.

Lo cierto es que no he visto ninguna, así que no he tenido la oportunidad.

Ragnor parecía arrepentirse profundamente de todas las decisiones que lo habían llevado a hallarse en ese lugar y en especial con esa compañía. Más tarde se detuvo y, muy bajo para que Giuliana no pudiera oírlo y de un modo que a Magnus le recordó de un modo terrible a su némesis simiesca, le susurró: «¿Acaso has olvidado que puedes hacer magia?».

Magnus se tomó un momento para lanzar una mirada despectiva por encima del hombro.

—¡No voy a hechizar a un mono! La verdad, Ragnor, ¿por quién me tomas?

* * *

No podía dedicar la vida por entero al desenfreno y a los monos. Magnus tenía que financiarse de algún modo todo lo que bebía. Siempre podían encontrarse algunos trabajos propios de subterráneos, y Magnus se aseguró de conseguir los contactos apropiados en cuanto puso un pie en Perú.

Cuando se requirió su particular especialidad, se llevó a Ragnor consigo. Subieron juntos a bordo del barco en el puerto de Salaverry, ambos vestidos con sus mejores galas. Magnus llevaba su sombrero más ostentoso, con una pluma de avestruz.

Edmund García, uno de los comerciantes más ricos de Perú, se reunió con ellos en la cubierta de proa. Era un hombre de tez rojiza, y vestía una casaca de aspecto caro, calzas hasta la rodilla y una peluca empolvada. Del cinturón de cuero le colgaba una pistola ricamente grabada. Miró de reojo a Ragnor.

—¿Es un monstruo marino? —preguntó.

—Es un brujo muy respetado —contestó Magnus—. De hecho, tiene usted dos brujos por el precio de uno.

García no se había hecho rico poniéndoles mala cara a las gangas.

Al instante y para siempre mantuvo silencio sobre el tema de los monstruos marinos.

—Bienvenidos —prefirió decir.

—No me gustan los barcos —informó Ragnor, mirando a su alrededor—. Me mareo terriblemente.

El chiste de ponerse verde era demasiado fácil, y Magnus no iba a rebajarse a hacerlo.

—¿Le importaría ampliar los detalles de este trabajo? —le preguntó a García—. La carta que recibí decía que le resultaban necesarias mis particulares habilidades, pero debo confesarle que tengo tantas que no estoy seguro de cuál es la que usted requiere. Aunque, naturalmente, están todas a su disposición.

—Son ustedes foráneos de estas costas —contestó Edmund—, así que quizá no sepan que la prosperidad actual de Perú reside en nuestra principal exportación: el guano.

—¿Qué está diciendo? —le preguntó Ragnor.

—Hasta ahora, nada que te vaya a gustar —respondió Magnus. El barco cabeceó bajo ellos al compás de las olas—. Perdone, ¿está usted hablando de excrementos de pájaro?

—Cierto —repuso García—. Durante mucho tiempo los comerciantes europeos fueron los que más se beneficiaban de este mercado. Pero ahora se han creado leyes para que los comerciantes peruanos tengamos las de ganar en esos asuntos, y los europeos tendrán que asociarse con nosotros o retirarse del negocio del guano. Uno de mis buques, con una gran cantidad de guano, será el primero en zarpar bajo estas nuevas leyes. Me temo que quieren hacerle algo a ese barco.

—¿Cree que los piratas pretenden robar sus excrementos de pájaro? —preguntó Magnus.

—¿Qué está pasando? —gimió Ragnor tristemente.

—Mejor que no lo sepas, te lo aseguro. —Magnus miró a García—. Variadas como son mis habilidades, no estoy seguro de que se extiendan hasta la protección del... este... guano.

La carga lo hacía dudar, pero sí que sabía algo sobre la forma en

que los europeos llegaban y reclamaban todo lo que veían como si fuera incuestionablemente suyo: tierras y vidas, productos y personas.

Aparte de eso, nunca antes había corrido una aventura en alta mar.

—Estamos dispuestos a pagar con generosidad —les aseguró García, y mencionó una suma.

—Oh. Bueno, en tal caso, considérenos contratados —repuso Magnus, y le tradujo las nuevas a Ragnor.

* * *

—Sigo sin estar muy seguro de todo esto —dijo Ragnor—. Ni siquiera estoy seguro de dónde has sacado ese sombrero.

Magnus se lo ajustó para que luciera en su máximo esplendor.

—Es sólo una tontería que encontré. Parecía apropiado para la ocasión.

—Nadie más lleva nada ni remotamente parecido.

Magnus lanzó una mirada despectiva a todos los marineros de dudosa vestimenta que los rodeaban.

—Lo lamento por ellos, claro, pero no veo por qué esa observación debe alterar mi actual y elegantísimo proceder.

Miró desde la borda hacia el mar. El agua era prácticamente de color verde claro, con el mismo tono turquesa y esmeralda que una turmalina verde pulida. Se veían dos barcos en el horizonte: el buque al que se suponía que debían unirse, y un segundo, del que Magnus tenía la intensa sospecha de que se trataba de un barco pirata dispuesto a atacar al primero.

Magnus chasqueó los dedos y su propio barco se tragó el horizonte en un instante.

—Magnus, no hagas que el barco vaya tan deprisa —dijo Ragnor—. Magnus, ¿por qué estás embrujando el barco para que vaya más deprisa?

Magnus chasqueó los dedos de nuevo y un montón de chispas

azules saltaron a lo largo del casco del barco, desgastado por el tiempo y astillado por las tormentas.

—Veo temibles piratas en la distancia. Prepárate para luchar, mi verdoso amigo.

Ragnor vomitó escandalosamente al oír eso y protestó aún más escandalosamente, pero estaban acercándose a los otros dos barcos, así que, en conjunto, Magnus estaba satisfecho.

—No estamos cazando piratas. ¡Nadie es pirata! Sólo estamos vigilando la carga y punto. Y por cierto, ¿cuál es la carga? —preguntó Ragnor.

—Estás mejor sin saberlo, mi dulce ejotito —le aseguró Magnus.

—Deja de llamarme así.

—Nunca jamás —juró Magnus, e hizo un gesto rápido y decidido. El sol se reflejó en su anillo y pintó el aire con pequeños trazos brillantes.

El barco que Magnus insistía en considerar como un bajel enemigo se escoró de forma ostensible. Era posible que Magnus se hubiera pasado un poco ahí.

García parecía muy impresionado de que Magnus pudiera neutralizar barcos desde lejos, pero quería estar absolutamente seguro de que la carga estuviera a salvo, así que maniobraron para colocar su barco junto al otro más grande. El barco pirata ya se había quedado muy muy atrás.

Magnus estaba satisfecho con esta situación. Como estaban cazando piratas y corriendo aventuras en alta mar, había algo que siempre había querido probar.

—Hazlo tú también —le insistió a Ragnor—. Será espectacular. Ya lo verás.

Luego se agarró a un cabo y cruzó como volando, espléndido, metros de reluciente espacio azul y un tramo de la brillante cubierta.

Se dejó caer en la bodega de carga.

Ragnor lo siguió un momento después.

—Tápate la nariz —le aconsejó Magnus con urgencia—. No respire. Es evidente que alguien estaba comprobando la carga y ha dejado la compuerta de la bodega abierta, y ambos hemos saltado directamente dentro.

—Y ahora aquí estamos, todo gracias a ti, en medio de la sopa.

—Ojalá fuera sopa —repuso Magnus.

Hubo un breve silencio mientras ambos evaluaban el horror de la situación. Magnus se hallaba sumergido hasta los codos. Incluso más trágico aún: había perdido su elegante sombrero. Trataba de no pensar en la sustancia en la que estaban casi enterrados. Si se esforzaba mucho en pensar en algo que no fueran los excrementos de pequeños plumíferos alados, podría parecer que estaba hundido en alguna otra cosa. Cualquier otra cosa.

—Magnus —lo llamó Ragnor—, ya veo que la carga que estamos guardando es algún tipo de sustancia muy desagradable, pero ¿puedes decirme exactamente cuál?

Al ver que la ocultación y el fingimiento ya no tenían sentido, Magnus se lo dijo.

—Odio las aventuras en Perú —afirmó al final Ragnor con voz apagada—. Quiero irme a casa.

No fue culpa de Magnus que la consiguiente rabieta del brujo resultara en el hundimiento de un barco lleno de guano, pero lo culpó de todos modos. Incluso peor, no le pagó lo convenido.

Sin embargo, no fue la caprichosa destrucción de propiedades peruanas la razón por la que se le prohibió pisar Perú.

1885

En su siguiente estancia en Perú, Magnus estaba realizando un trabajo con sus amigos Catarina Loss y Ragnor Fell. Eso demostraba que Catarina tenía, aparte de magia, poderes sobrenaturales de persuasión, porque Ragnor había jurado que nunca volvería a poner un

pie en Perú y mucho menos en compañía de Magnus. Pero durante la década de 1870, ambos habían corrido juntos algunas aventuras en Inglaterra, y Ragnor se había ido reconciliando con Magnus. Aun así, mientras se adentraban caminando en el valle del río Lurín, Ragnor no dejaba de enviar sin cesar a Magnus recelosas miraditas de reojo.

—Ese constante aire premonitorio que tienes cuando estás conmigo es doloroso e inmerecido —le recriminó Magnus a Ragnor.

—¡Tardé años en sacarme el olor de la ropa! ¡Años! —replicó Ragnor.

—Bueno, deberías haberla tirado y comprado otra con mejor olor y más elegante —repuso Magnus—. Y de todas formas, eso pasó hace décadas. ¿Qué te he hecho últimamente?

—No se peleen delante de los clientes, chicos —les rogó Catarina con su dulce voz—, o les estamparé las cabezas con tal fuerza que el cráneo se les cascará como un huevo.

—Entiendo el inglés, ¿sabes? —dijo Nayaraq, su clienta, que les estaba pagando con una generosidad extrema.

Todo el grupo se sintió avergonzado. Llegaron a Pachacamac en silencio. Contemplaron los muros de escombros apilados, que parecían el castillo de arena, gigante y muy trabajado, de un niño.

Había pirámides, pero la mayoría estaban en ruinas. Aunque lo que quedaba tenía miles de años, y Magnus notó la magia vibrando incluso en los fragmentos de arena coloreada.

—Conocí al oráculo que vivía aquí hace setecientos años —anunció Magnus orgulloso.

Nayaraq pareció impresionada.

Catarina, que sabía la edad real de Magnus, no.

Magnus había comenzado a poner precio a su magia cuando tenía menos de veinte años. En aquel entonces todavía estaba creciendo, aún no estaba detenido en el tiempo como una libélula atrapada en ámbar, iridiscente y eterna, pero congelada para toda la eternidad en la prisión de un instante dorado. En aquel entonces estaba

alcanzando su altura final, y el rostro y el cuerpo le iban cambiando de forma infinitesimal día tras día; en aquel entonces estaba un poco más cerca de ser humano de lo que lo estaba ahora.

No se le podía decir a un cliente potencial, que esperaba los servicios de un mago anciano y experto, que todavía no se era totalmente adulto. Magnus había comenzado de muy joven a mentir sobre su edad, y nunca había abandonado esa costumbre.

Resultaba un poco vergonzoso cuando se olvidaba de qué mentira le había contado a quién. Una vez, alguien le había preguntado cómo era Julio César, y Magnus se había quedado mirándolo durante un buen rato y luego había contestado: «¿No muy alto?».

Magnus contempló toda la arena que había junto a los muros y sus bordes rotos y desmigajados, como si la piedra fuera pan y una mano descuidada hubiera cortado un trozo. Con cuidado, mantuvo el aire displicente de quien ya había estado ahí antes, y además, increíblemente bien vestido.

Pachacamac significaba «Señor de los terremotos». Por suerte, Nayaraq no quería que provocaran uno. Magnus nunca había creado un terremoto a propósito y prefería no pensar en ciertos desafortunados accidentes de su juventud.

Lo que Nayaraq quería era el tesoro que la madre de la madre de la madre de su madre, una bella joven noble que había vivido en el Acllahausi (la casa de las mujeres elegidas por el sol), había escondido cuando aparecieron los conquistadores.

Magnus no estaba seguro de por qué lo quería, ya que parecía tener dinero suficiente, pero no le pagaba para dudar de ella. Caminaron durante horas bajo el sol y la sombra, por las ruinas de los muros, que mostraban las señales del tiempo y los tenues rastros de antiguos frescos, hasta encontrar lo que Nayaraq estaba buscando.

Cuando sacaron las piedras del muro y desenterraron el tesoro, el sol brilló al mismo tiempo sobre el oro y el rostro de Nayaraq. Fue entonces cuando Magnus entendió que Nayaraq no había estado buscando el oro sino la verdad, algo real en su pasado.

Nayaraq conocía a los subterráneos porque una vez se la habían llevado las hadas. Pero ese oro que le brillaba en las manos, igual que había brillado en las manos de su antepasada, no era una ilusión ni tampoco un *glamour*.

—Muchísimas gracias —dijo ella, y Magnus la comprendió, e incluso, por un momento, la envidió.

Cuando Nayaraq se fue, Catarina deshizo su *glamour* y dejó ver su piel azul y su cabello blanco, que deslumbraba bajo la luz del ocaso.

—Ahora que esto está arreglado, tengo una propuesta. Durante años he envidiado todas las aventuras que tuvieron en este país. ¿Qué les parece si nos quedamos por un tiempo?

—¡Por supuesto! —exclamó Magnus.

Catarina batió las palmas.

Ragnor frunció el ceño.

—Por supuesto que no.

—No te preocupes, Ragnor —repuso Magnus como si nada—. Estoy casi seguro de que nadie que recuerde el malentendido de los piratas seguirá vivo. Y los monos, sin duda, ya habrán dejado de ir por mí. Además, ya sabes lo que esto significa.

—No quiero hacerlo, y no me la pasaré bien —replicó Ragnor—. Me iría ahora mismo, pero sería cruel abandonar a una dama en una tierra extraña con un lunático.

—Me alegro mucho de que todos estemos de acuerdo —manifestó Catarina.

—Vamos a ser un triunvirato terrorífico —declaró Magnus encantado a Catarina y a Ragnor—. Eso quiere decir el triple de aventuras.

Más tarde se enteraron de que eran criminales buscados por profanar un templo. Sin embargo, ése no fue el motivo por el que expulsaron a Magnus de Perú, ni tampoco fue en ese momento.

1890

Hacía un hermoso día en Puno. El lago al otro lado de la ventana era una gran mancha azul y el sol brillaba con tal fuerza que parecía haber quemado todo el celeste y las nubes del cielo y dejado tan sólo un fulgor blanco. El limpio viento de la montaña llevaba sobre el lago y por toda la casa la melodía que Magnus tocaba.

Éste justo estaba bajo el alféizar de la ventana cuando los postigos de la habitación de Ragnor se abrieron de golpe.

—¿Qué... qué... qué estás haciendo? —le preguntó.

—Tengo casi seiscientos años —afirmó Magnus, y al oírlo Ragnor soltó un bufido, ya que su amigo cambiaba su edad a su antojo cada semana. Magnus continuó—: Me parece que ya es hora de que aprenda a tocar algún instrumento musical. —Hizo una floritura con su nuevo descubrimiento, un pequeño instrumento de cuerdas que parecía un primo del laúd del que el propio laúd se avergonzaría—. Se llama charango. ¡Estoy pensando seriamente en hacerme charanguista!

—Yo no llamaría a eso instrumento de música —observó Ragnor con acritud—. Quizá instrumento de tortura.

Magnus mecía el charango en sus brazos como si fuera un bebé que se ofende con facilidad.

—¡Es un instrumento hermoso y único! La caja de resonancia está hecha con un armadillo. Bueno, con un caparazón seco de armadillo.

—Eso explica el ruido que haces —dijo Ragnor—. Como el de un armadillo perdido y hambriento.

—Es porque sientes envidia —remarcó Magnus con toda calma—. No tienes el alma de un auténtico artista como yo.

—Oh, sí, estoy verde de envidia —replicó Ragnor.

—Vamos, Ragnor. Eso no es justo —dijo Magnus—. Ya sabes que me encanta que bromees con tu aspecto.

Magnus se negó a que lo afectaran los crueles comentarios de

Ragnor. Lanzó a su colega brujo una soberbia mirada de indiferencia, alzó el charango y comenzó a tocar de nuevo su tonada, hermosa y desafiante.

Ambos oyeron el repiqueteo de unos pies que corrían con frenesí dentro de la casa, el susurro de unas faldas, y luego Catarina salió disparada al patio. El blanco cabello le caía desparramado por los hombros y su rostro era el vivo retrato de la alarma.

—Magnus, Ragnor, he oído a un gato haciendo un ruido espeluznante —exclamó—. Por la manera en que sonaba, la pobre criatura debe de estar muy enferma. ¡Tienen que ayudarme a encontrarlo!

Al instante, Ragnor se dejó caer sobre el alféizar partiéndose de risa. Magnus miró fijamente a Catarina durante un momento, hasta que vio que a ella le temblaban los labios.

—Están conspirando contra mí y mi arte —afirmó—. Son un grupo de conspiradores.

Comenzó a tocar de nuevo. Catarina lo detuvo poniéndole la mano en el brazo.

—No, de verdad, Magnus, ese ruido es espantoso.

Magnus suspiró.

—Todo brujo se cree un crítico.

—¿Por qué lo haces?

—Ya se lo he explicado a Ragnor. Quiero saber tocar un instrumento. He decidido dedicarme al arte del charango, y no quiero oír más objeciones mezquinas.

—Si hacemos una lista de lo que no queremos oír más... —murmuró Ragnor.

Pero Catarina sonreía.

—Ya veo —dijo con suspicacia.

—Madame, usted no ve nada.

—Sí que lo veo. Lo veo con toda claridad —le aseguró Catarina—. ¿Cómo se llama ella?

—Me ofende esa implicación —replicó Magnus—. En este caso no hay ninguna mujer. ¡Estoy casado con mi música!

—Oh, vaya —repuso Catarina sorprendida—. Entonces ¿cómo se llama él?

* * *

Él se llamaba Imasu Morales, y era guapísimo.

Los tres brujos se hallaban cerca del puerto, en la orilla del lago Titicaca, pero a Magnus le gustaba ver la vida y formar parte de ella de un modo que ni Ragnor ni Catarina llegaban a entender, acostumbrados al silencio y la soledad desde la infancia debido a su extraño aspecto. Magnus se iba de paseo por la ciudad y las montañas y corría pequeñas aventuras. En unas pocas ocasiones, que sus dos amigos no paraban de recordarle de un modo innecesario y doloroso, lo había devuelto a casa la policía, aunque aquel incidente con los contrabandistas bolivianos había sido un completo malentendido.

Porque aquella noche Magnus no había tenido nada que ver con los contrabandistas. Simplemente había estado caminando por la plaza Republicana, rodeando sus setos cortados de forma artística y sus esculturas. La ciudad bajo él brillaba como si se tratara de estrellas colocadas en fila, como si alguien hubiera plantado una hilera de luces. Era una noche hermosa para conocer a algún muchacho hermoso.

Primero había sido la música lo que le había llamado la atención; luego, la risa. Magnus se había vuelto para mirar y vio unos brillantes ojos oscuros y un cabello revuelto, y el juego de los dedos de un músico. Magnus tenía una lista de características que buscaba en un compañero: cabello negro, ojos azules, sinceridad; pero en este caso lo que lo atrajo fue una respuesta particular a la vida. Algo que no había visto antes y que le hizo querer ver más.

Se acercó y consiguió atraer la mirada de Imasu. Una vez se miraron, el juego podía comenzar, y Magnus tomó la iniciativa preguntándole si enseñaba música. Quería pasar más tiempo con él, pero

también quería aprender, ver si podía abstraerse del mismo modo, crear los mismos sonidos.

Incluso después de unas cuantas clases, Magnus vio que los sonidos que él extraía del charango eran un poco diferentes de los que conseguía Imasu. Quizá más que un poco. Ragnor y Catarina le rogaron que dejara ese instrumento. Desconocidos con los que se cruzaba por la calle le suplicaban que lo dejara. Incluso los gatos huían.

Pero «tienes un gran potencial para convertirte en músico», le había dicho Imasu, con voz seria y ojos risueños.

Magnus tenía como norma escuchar a la gente amable que lo animaba y que era extraordinariamente apuesta.

Así que siguió con el charango, a pesar de que le habían prohibido tocar en casa. También lo hicieron desistir de tocar en la calle un niño que se echó a llorar, un hombre con unos papeles que le hablaba de la legislación municipal y una pequeña revuelta.

Como último recurso, se fue a las montañas y tocó allí. Magnus estaba seguro de que la estampida que presenció fue una coincidencia. Las llamas no podían juzgar cómo lo hacía.

Además, el charango comenzaba a sonar mejor. O bien le estaba agarrando la maña o estaba sucumbiendo a alucinaciones auditivas. Magnus decidió creer lo primero.

—Creo que ya he dado un gran paso —le dijo un día a Imasu con entusiasmo—. En las montañas. Un paso metafórico y musical, claro. La verdad es que debería haber más carreteras allí arriba.

—Eso es maravilloso —repuso Imasu con ojos brillantes—. No puedo esperar para oírte.

Estaban en casa de Imasu, porque a Magnus no se le permitía tocar en ningún otro lugar de Puno. Lamentablemente, la madre y la hermana de Imasu eran propensas a las migrañas, así que muchas de las lecciones que Magnus recibía eran de teoría musical. Pero ese día Magnus e Imasu se hallaban solos en casa.

—¿Cuándo vuelven tu madre y tu hermana? —preguntó Magnus, así como de pasada.

—En unas semanas —contestó Imasu—. Han ido a visitar a mi tía. Hummm, no han huido... quiero decir, marchado de casa... bueno, por ningún motivo en particular..

—Unas damas encantadoras —comentó Magnus—. Es una pena que ambas estén tan delicadas de salud.

Imasu parpadeó confuso.

—Lo digo por las migrañas —dijo Magnus.

—Oh —repuso Imasu—. Oh, claro. —Hubo un silencio. Luego Imasu dio unas palmadas—. ¡Vas a tocar algo para mí!

Magnus lo miró con una gran sonrisa.

—Prepárate —manifestó— para quedarte boquiabierto.

Agarró el instrumento. Sentía que su charango y él habían llegado a entenderse. Que podía hacer que la música fluyera del aire, o del río, o incluso de las cortinas, si así lo quería, pero que esto era diferente, humano y curiosamente enternecedor. El rasgado y el chirrido de las cuerdas comenzaban a unirse, pensaba Magnus, para formar una melodía. La música estaba ahí, en sus dedos.

Cuando Magnus miró a Imasu, vio que éste había dejado caer la cabeza entre las manos.

—¿Eee... —casi tartamudeó Magnus—... estás bien?

—Sólo estaba sobrecogido —contestó Imasu con voz débil.

Magnus se pavoneó un poco.

—Ah. Bueno.

—Por lo horrible que ha sonado eso —completó Imasu.

Magnus parpadeó sorprendido.

—¿Perdona?

—¡No puedo seguir viviendo una mentira! —soltó Imasu sin poder contenerse—. He tratado de animarte. Me han llamado funcionarios de la ciudad para solicitarme que te pidiera que pararas. Mi santa madre me lo ha suplicado con lágrimas en los ojos...

—Pero si no está tan mal...

—¡Sí, sí que lo está! —Fue como si el dique de la crítica musical se hubiera reventado en ese instante. Imasu se volvió hacia él con

unos ojos que parecían lanzar llamas en vez de brillar—. ¡Es de lo peor que he oído! Cuando tocas, todas las flores de mi madre pierden el deseo de vivir y marchitan al momento. La quinoa ya no tiene sabor. Las llamas están emigrando debido a tu música, y no son animales migratorios. Ahora los niños creen que hay un monstruo retorcido, medio caballo y medio pollo quejumbroso, que vive en el lago y pide al mundo que le conceda el dulce descanso de la muerte. Los del pueblo creen que estamos realizando rituales mágicos arcanos...

—Bueno, esa última es una buena suposición —interrumpió Magnus.

—¡... con el cráneo de un elefante, una seta de un tamaño imposible y uno de tus sombreros tan peculiares!

—O no —repuso Magnus—. Además, mis sombreros son extraordinarios.

—Eso no te lo voy a discutir. —Imasu se pasó la mano por el espeso cabello negro, que se le enredó en los dedos como zarcillos de brea—. Mira, sé que me equivoqué. Vi a un hombre apuesto, pensé que no haría ningún daño si le hablaba un poco de música y compartíamos un interés común, pero no me merezco esto. Vas a conseguir que te apedreen en la plaza del pueblo. Y si tengo que volver a oírte tocar, me tiraré al lago.

—Oh —exclamó Magnus, y luego comenzó a sonreír—. Yo que tú no lo haría. He oído que un horrible monstruo vive allí.

Imasu parecía estar aún dándole vueltas al asunto del charango de Magnus, un tema por el que Magnus ya había perdido todo interés.

—¡Creo que el mundo acabará con un estruendo semejante al ruido que tú haces!

—Interesante —dijo Magnus, y tiró el charango por la ventana.

—¡Magnus!

—Creo que la música y yo ya hemos acabado nuestro camino juntos —repuso él—. Un auténtico artista sabe cuándo debe rendirse.

—¡No puedo creer que hayas hecho eso!

Magnus agitó una mano con elegancia.

—Lo sé, es descorazonador, pero a veces se deben cerrar los oídos a los ruegos de las musas.

—Sólo quiero decir que esos instrumentos son caros y que he oído un crujido.

Imasu parecía realmente preocupado, pero también sonreía. Su rostro era un libro abierto de relucientes colores, tan fascinante como fácil de leer. Magnus se apartó de la ventana, fue junto a Imasu y dejó que una mano le tocara los dedos callosos mientras con la otra le rodeaba la cintura casi sin rozarlo. Sintió el escalofrío que recorrió todo el cuerpo de Imasu, como si él fuera un instrumento del que Magnus pudiera extraer cualquier sonido que deseara.

—Me siento desolado por tener que renunciar a mi música —murmuró Magnus—, pero creo que vas a descubrir que tengo talento para muchas otras cosas.

Esa noche, cuando llegó a casa, les dijo a Ragnor y a Catarina que había dejado la música.

—En quinientos años —confesó Ragnor— nunca he deseado tocar a otro hombre, pero de repente me posee el deseo de besar a ese chico en la boca.

—Ni tocarlo —replicó Magnus con voz tranquila y satisfecha.

Al día siguiente, todo Puno se levantó y se unió en una fiesta. Imasu le aseguró a Magnus que la celebración no tenía nada que ver con lo ocurrido. Magnus se echó a reír. El sol parecía brotar de los ojos de Imasu, dibujando brillantes rayas sobre su oscura piel, y su boca se curvó bajo la de Magnus. No salieron a tiempo para ver el desfile.

* * *

Magnus preguntó a sus amigos si podían quedarse una temporada en Puno, y no se sorprendió cuando ellos accedieron. Ambos, Catarina y Ragnor, eran brujos. Para ellos, igual que para Magnus, el tiempo era como la lluvia: brillante al caer, cambiaba el mundo, pero también algo que se daba por descontado.

Hasta que se enamoraban de un mortal. Entonces el tiempo se convertía en oro en las manos de un avaro; cada reluciente año contado con cuidado, infinitamente precioso, y cada uno de ellos escapándoseles entre los dedos.

Imasu le habló de la muerte de su padre y del amor que sentía su hermana por la danza, que lo había inspirado a tocar para ella, y de que ésa era la segunda vez que se había enamorado. Era «indígena y español», más mezclado incluso que el más mestizo, demasiado español para algunos y no lo suficiente para otros. Magnus charló un poco con Imasu sobre eso, sobre la sangre holandesa y bataba que corría por sus venas. No le habló de la sangre demoniaca, o de su padre, o de la magia. Todavía no.

Magnus había aprendido a ser muy cuidadoso respecto a entregar sus recuerdos a otro junto con su corazón. Cuando la gente moría, parecía como si todas las piezas de sí mismo que les había entregado también se fueran. Tardaba mucho en reconstruirse hasta conseguir estar entero de nuevo, y nunca volvía a ser el mismo.

Ésa había sido una lección larga y dolorosa.

Pero Magnus supuso que aún no la había aprendido bien cuando se encontró deseando explicarle muchas cosas a Imasu. No sólo quería hablarle de sus padres, sino también de su pasado, de la gente a la que había amado: de Camille, y de Edmund Herondale y su hijo, Will; incluso de Tessa y Catarina, y de cómo había conocido a ésta en España. Al final, no se pudo contener y le explicó esa última historia, aunque omitió detalles como el de los Hermanos Silenciosos o que a Catarina casi la quemaran en la hoguera por bruja. Pero mientras las estaciones iban cambiando, Magnus comenzó a pensar que, al menos, debería hablarle a Imasu de magia. Antes de sugerirle que él dejaría de vivir con Catarina y Ragnor y que Imasu dejara de vivir con su madre y su hermana para buscar algo juntos que Imasu pudiera llenar con su música y Magnus con su magia. Era el momento de sentar cabeza, pensaba Magnus, al menos por un tiempo.

Por eso fue una sorpresa para Magnus que Imasu le sugiriera,

con toda tranquilidad, que «quizá ya sea hora de que tus amigos y tú comiencen a pensar en marcharse de Puno».

—¿Qué? ¿Sin ti? —exclamó Magnus. Había estado tomando el sol fuera de casa de Imasu, contento, mientras hacía planes para el futuro. Lo tomó tan de sorpresa que le preocupó parecer estúpido.

—Sí —contestó Imasu, que parecía no tener ningunas ganas de explicarse—. Claro que sin mí. No es que no haya disfrutado de este tiempo contigo. Nos la hemos pasado bien juntos, ¿verdad? —añadió con voz temblorosa.

Magnus asintió, con el aire más despreocupado que logró conseguir, y luego lo estropeó todo hablando.

—Eso creía yo. Entonces ¿por qué acabarlo?

Quizá fuera su madre, o su hermana, o algún miembro de la familia de Imasu que pusiera objeciones al hecho de que ambos fueran hombres. No sería la primera ni la última vez que algo semejante le pasara a Magnus, aunque siempre le había dado la impresión de que la madre de Imasu le permitiría hacer lo que fuera con su hijo mientras nunca volviera a tocar un instrumento musical en su presencia.

—Eres tú —le soltó Imasu—. Es por cómo eres. No puedo seguir contigo porque no quiero estar contigo.

—Por favor... —replicó Magnus después de un silencio—... sigue regándome con cumplidos. Para mí es una experiencia muy agradable, por cierto, y exactamente como esperaba que fuera este día.

—Eres... —Imasu inspiró con frustración—. Siempre pareces tan... efímero, como un torrente de luz que atraviesa el mundo entero. No algo que permanezca, algo que dure. —Hizo un pequeño gesto de impotencia, como si dejara marchar algo, como si Magnus hubiera querido que lo dejara marchar—. No alguien estable.

Eso hizo reír a Magnus, de pronto y sin poder evitarlo, y echó la cabeza hacia atrás. Hacía mucho tiempo que había aprendido esa lección: incluso sumido en la pena podías echarte a reír de repente.

La risa no siempre le resultaba fácil a Magnus, y lo ayudó, pero no lo suficiente.

—Magnus —continuó Imasu, que parecía realmente enfadado. El brujo se preguntó cuántas veces, cuando él creía que sólo estaban discutiendo, habría estado Imasu preparando ese momento de separación—. ¡Eso es exactamente de lo que te estaba hablando!

—Te equivocas completamente, ¿sabes? Soy la persona más estable que conocerás nunca —dijo, y la voz se le quebraba por la risa y los ojos le picaban por las lágrimas—. Lo que pasa es que da totalmente igual.

Era la mayor verdad que jamás le había dicho a Imasu, y nunca le dijo otra verdad más que ésta.

* * *

Los brujos vivían para siempre, lo que significaba que veían una y otra vez el íntimo y terrible ciclo del nacimiento, la vida y la muerte. También significaba que todos habían sido testigos de, literalmente, millones de relaciones fracasadas.

—Es lo mejor —informó con solemnidad Magnus a Ragnor y a Catarina, y alzó la voz para que lo oyeran por encima del ruido de otra de las inacabables fiestas del lugar.

—Claro —murmuró Catarina, que siempre era una amiga buena y leal.

—Me sorprende que haya durado tanto; era mucho más guapo que tú —murmuró Ragnor, que se merecía un destino cruel y terrible.

—Sólo tengo doscientos años —dijo Magnus, sin hacer caso de los resoplidos de sus amigos ante su mentira—. Aún no estoy para sentar cabeza. Necesito más tiempo para dedicarme al desenfreno. Y creo... —Acabó su copa y miró a su alrededor de un modo especulativo—. Creo que voy a sacar a bailar a esa hermosa joven de allí.

La chica, se fijó, también lo estaba mirando a él. Tenía unas pestañas tan largas que casi le rozaban los hombros.

Era posible que Magnus estuviera algo bebido. La chica de mo-

lle era famosa tanto por sus rápidos efectos como por las horribles resacas que provocaba.

Ragnor se estremeció con fuerza e hizo un ruido como el de un gato al que le hubieran pisado la cola.

—Magnus, no, por favor. ¡Lo de la música ya fue suficientemente terrible!

—Magnus no es tan malo bailando como lo era con el charango —comentó Catarina pensativa—. Lo cierto es que baila bastante bien. Aparte de cierto toque... esto... único y característico.

—No me siento tranquilo en absoluto —replicó Ragnor—. Ninguno de ustedes son personas capaces de calmar a nadie.

Después de un corto y acalorado interludio, Magnus regresó jadeando un poco. Vio que Ragnor había decidido entretenerse golpeándose la frente de forma repetida contra la mesa.

—¿Qué creías estar haciendo? —preguntó Ragnor entre golpe y golpe.

Catarina terció.

—Ese baile es una danza bonita y tradicional llamada alcatraz, y creo que Magnus lo ha hecho...

—¿Brillantemente? —sugirió Magnus—. ¿Deslumbrantemente? ¿De forma devastadoramente atractiva? ¿Ágilmente?

Catarina apretó los labios mientras buscaba la palabra adecuada.

—Espectacular.

Magnus la señaló con el dedo.

—Por eso eres mi favorita.

—Y es tradición que el hombre dé una vuelta...

—Lo has hecho muy bien —observó Ragnor con voz agria.

Magnus hizo una pequeña reverencia.

—¡Vaya, gracias!

—... y trate de prender fuego a las faldas de su pareja con una vela —continuó Catarina—. Es un baile maravilloso, vibrante y muy bonito.

—Oh, «trate», ¿de verdad? —preguntó Ragnor—. Así que no es

tradicional que alguien emplee la magia para hacer arder las faldas de la mujer y su propio y ostentoso abrigo y siga bailando aunque ambos bailarines se hayan convertido en auténticas torres de llamas giratorias.

Catarina tosió.

—En realidad no... no.

—Estaba todo bajo control —declaró Magnus altivo—. Tengan un poco de fe en mis dedos mágicos.

Incluso la chica con la que había bailado pensó que se trataba de algún truco maravilloso. Se había visto envuelta en fuego real y brillante y había echado hacia atrás la cabeza riendo; al dejarse caer hacia atrás, su negro cabello se había convertido en una crepitante cascada de luz; los tacones de sus zapatos habían levantado chispas por todo el suelo como si fuera polvo brillante; sus faldas, una estela de fuego que él seguía como el rastro de un fénix. Magnus había bailado y girado con ella, y durante un momento de brillante ilusión ella lo había considerado maravilloso.

Pero, como el amor, el fuego no había durado.

—¿Creen que finalmente los nuestros se alejarán tanto de la humanidad que nos transformaremos en criaturas que los humanos no puedan tocar ni amar? —preguntó Magnus.

Ragnor y Catarina se le quedaron mirando.

—No me contesten —les dijo Magnus—. Eso suena como la pregunta de un hombre que necesita otra copa. ¡Allá vamos!

Alzó un vaso. Ragnor y Catarina no se unieron a él, pero Magnus no tuvo ningún problema en brindar solo.

—Por la aventura —dijo, y bebió.

* * *

Magnus abrió los ojos y vio la brillante luz, notó el aire caliente arrastrarse sobre su piel como un cuchillo raspando el pan quemado. Todo el cerebro le palpitaba y, enseguida, sacó el alma por la boca.

Catarina le pasó un cuenco. Magnus sólo vio una mancha borrosa azul y blanca.

—¿Dónde estoy? —graznó el brujo.

—Nazca.

Así que Magnus seguía en Perú. Eso indicaba que había sido mucho más sensato de lo que se había temido.

—Oh, así que hemos hecho un pequeño viaje.

—Entraste en casa de un hombre —explicó Catarina—. Le robaste una alfombra y la encantaste para que volara. Luego te fuiste a toda velocidad por el aire a través de la noche. Nosotros te seguimos a pie.

—Ah —asintió Magnus.

—Ibas gritando cosas.

—¿Qué cosas?

—Prefiero no repetirlas —contestó Catarina. Tenía un color azul algo cansado—. También prefiero no recordar el rato que pasamos en el desierto. Es un desierto mamut, Magnus. Los desiertos normales no son tan enormes. Los llaman mamut porque son más grandes que los comunes.

—Gracias por esta información tan interesante y relevante —graznó Magnus, e intentó hundir la cara en la almohada, como un avestruz que entierra la cabeza en la arena de un desierto mamut—. Que me hayan seguido ha sido muy amable de su parte. Te aseguro que me alegro de verte —añadió en voz baja, con la esperanza de que esto animara a Catarina a proporcionarle más líquidos y quizá un martillo con el que aplastarse el cráneo.

Magnus se sentía demasiado débil para ir en busca de algo que beber. La magia curativa nunca había sido su especialidad, pero estaba casi seguro de que moverse haría que se le cayera la cabeza de los hombros. No iba a permitir que pasara eso. Muchos testigos le habían confirmado que su cabeza lucía espléndida exactamente donde estaba.

—Nos dijiste que te dejáramos en el desierto porque querías comenzar una nueva vida como cactus —le explicó Catarina con voz

neutra—. Luego hiciste aparecer pequeñas agujas y nos las arrojaste con punzante puntería.

Magnus le lanzó otra mirada. Catarina seguía muy borrosa. Magnus pensó que eso no era nada amable. Él creía que eran amigos.

—Bueno —dijo con dignidad—. Teniendo en consideración mi estado de aguda intoxicación, mi puntería los debió de impresionar.

—«Impresionar» no es la palabra que yo emplearía para describir cómo me sentía anoche, Magnus.

—Les agradezco que me pararan —repuso Magnus—. Fue lo mejor. Eres una amiga de verdad. No ha pasado nada malo. No hablemos más de ello. ¿Podrías traerme...?

—Oh, no pudimos pararte —lo interrumpió Catarina—. Lo intentamos, pero soltaste una risita, saltaste sobre la alfombra y volviste a salir volando. No parabas de repetir que querías ir a Moquegua.

Magnus no se encontraba nada bien. El estómago se le retorcía y la cabeza le daba vueltas.

—¿Y qué hice en Moquegua?

—No llegamos allí —contestó Catarina—. Pero tú ibas volando y gritando, y tratando de... ejem... escribirnos mensajes en el cielo con la alfombra.

De repente, Magnus tuvo un vívido recuerdo, de viento y estrellas en el pelo, y de las cosas que había estado intentando escribir. Por suerte, no creía que Ragnor o Catarina hablaran el idioma en el que había tratado de escribirlas.

—Luego nos detuvimos para comer —continuó Catarina—. Insististe mucho en que probáramos una especialidad local que llamas «cuy». Lo cierto es que resultó una comida agradable, aunque tú seguías muy borracho.

—Estoy seguro de que para entonces ya me estaba recuperando.

—Magnus, estabas coqueteando con tu propio plato.

—¡Soy un tipo de mente abierta!

—Ragnor no lo es —repuso Catarina—. Cuando descubrió que

estábamos comiendo cobaya, te golpeó en la cabeza con el plato. Se rompió.

—Y así acabó nuestro amor —soltó Magnus—. Ah, bueno. De todas formas, lo del plato y yo nunca habría funcionado. Estoy seguro de que comer me cayó bien, Catarina, y fuiste muy amable al alimentarme y meterme en la cama...

Catarina negó con la cabeza. Parecía estar disfrutando con la situación, como una enfermera de pesadilla contándole un cuento terrorífico a un niño que no le agradaba.

—Te caíste al suelo. La verdad es que pensamos que lo mejor era dejarte dormir ahí. Creímos que te quedarías así un rato, pero nos distrajimos un segundo y tú te escabulliste. Ragnor asegura que te vio dirigirte a la alfombra, arrastrándote como un enorme cangrejo enloquecido.

Magnus se negó a creer que él hubiera hecho tal cosa. Ragnor no era de fiar.

—Yo le creo —repuso Catarina, traicionera—. Te costaba mucho caminar derecho incluso antes de que te golpeará con el plato. Además, creo que la comida no te sentó muy bien, porque luego volaste por todo el lugar gritando que veías unos monos enormes y pájaros y llamas y gatitos dibujados en el suelo.

—¡Vaya! —exclamó Magnus—. ¿Llegué a la alucinación total? Es oficial. Eso parece como... casi lo más borracho que he estado nunca. Por favor, no me preguntes nada sobre la vez que he estado más borracho. Es una historia muy triste relacionada con una jaula de pájaros.

—Lo cierto es que no estabas alucinando —explicó Catarina—. Cuando nos plantamos en las colinas gritando: «Baja de una vez, idiota», también pudimos ver los enormes dibujos en el suelo. Eran espectaculares. Creo que formaban parte de algún antiguo ritual para invocar agua de la tierra. Sólo por verlos ha valido la pena venir a este país.

Magnus continuaba con la cabeza hundida en la almohada, pero se pavoneó un poco.

—Siempre me alegra enriquecer tu vida, Catarina.

—No fue espectacular ni bonito —repuso Catarina como recordando— cuando vomitaste sobre todos esos inmensos dibujos místicos de una civilización desaparecida hace largo tiempo. Desde lo alto. Sin parar.

Magnus tuvo un destello de remordimiento y vergüenza. Casi sintió la necesidad de vomitar de nuevo.

Más tarde, ya más sobrio, Magnus iría a ver las Líneas de Nazca, y grabaría en su memoria las zanjas que habían tallado en el suelo rocoso y dejado al descubierto la arcilla, formando dibujos extensos y concretos: un pájaro con las alas abierta en pleno vuelo, un mono con una cola cuyas curvas Magnus consideró indecentes (lo cual, evidentemente, tuvo su aprobación) y una forma que podría haber sido la de un hombre.

Cuando los científicos descubrieron las Líneas de Nazca y se pasaron las décadas de 1930 y 1940 investigándolas, Magnus se molestó un poco, como si las formas grabadas en la piedra fueran de su propiedad.

Pero luego lo aceptó. Eso era lo que hacían los humanos: se dejaban mensajes a través del tiempo, escritos en papel o tallados en la roca. Como tender una mano en el tiempo y confiar en que otra mano fantasma te la estrechara. Los humanos no vivían eternamente. Sólo podían esperar que lo que producían permaneciera.

Magnus supuso que podía dejar que los humanos se pasaran sus mensajes.

Pero esa aceptación llegó mucho mucho más tarde. Magnus tuvo otras cosas que hacer el día que vio por primera vez las Líneas de Nazca: tuvo que vomitar treinta y siete veces.

* * *

Después de que Magnus vomitara por decimotercera vez, Catarina comenzó a preocuparse.

—Creo que estás enfermo.

—Te he dicho mil veces que me encuentro terriblemente mal, sí —replicó Magnus con frialdad—. Es probable que me esté muriendo, aunque a ninguno de ustedes, ingratos, les importe.

—No deberías haberte comido la cobaya —manifestó Ragnor, y se rio. Parecía estar un poco resentido.

—Me siento demasiado débil para hacer algo que me ayude —dijo Magnus, y se volvió hacia la persona que lo cuidaba y no se alegraba de su sufrimiento. Hizo todo lo que pudo por parecer patético, y sospechó que lo había logrado—. Catarina, ¿te importaría...?

—¡No voy a gastar una magia y una energía que podría salvar vidas en curar los efectos de una noche pasada bebiendo en exceso y dando vueltas a grandes altitudes!

En cuanto Catarina se ponía seria no había nada que hacer. Y tampoco serviría de mucho la verde compasión de Ragnor.

Magnus estaba a punto de intentarlo cuando Catarina le dijo muy seria:

—Creo que lo mejor será probar alguna de las medicinas locales de los mundanos.

Al parecer, el modo en que se practicaba la medicina en esa parte de Perú consistía en frotarle una cobaya por todas partes al afligido paciente.

—¡Exijo que se detengan! —protestó Magnus—. ¡Soy brujo y puedo curarme solo, y también puedo volarte la cabeza!

—Oh, no. Está delirando, se ha vuelto loco, no le hagas caso —replicó Ragnor—. ¡Continúen frotándolo con ese bicho!

La mujer de la cobaya les lanzó una mirada nada impresionada y continuó con su friga curativa.

—Tumbate, Magnus —le indicó Catarina, que era muy abierta y estaba siempre dispuesta a explorar otros campos de la medicina y, al parecer, también a que Magnus hiciera de paciente en su juego médico—. Deja que la magia de la cobaya fluya a través de ti.

—Claro —añadió Ragnor, que no era de mente abierta en absoluto, y soltó unas risitas.

Magnus no encontraba ese proceso tan hilarante como parecía encontrarlo Ragnor. De niño había tomado *djamu* muchas veces. Eso llevaba bilis de cabra (si tenías suerte; bilis de caimán, si no la tenías). Y las cobayas y el *djamu* eran mucho mejor que la sangría que alguien había tratado de practicarle una vez en Inglaterra.

Pero, por lo general, encontraba que la medicina mundana era muy pesada, y deseó que hubieran esperado hasta que se sintiera mejor antes de infligirle ese tratamiento médico.

Varias veces, Magnus trató de escapar y tuvieron que sujetarlo por la fuerza. Más tarde, Catarina y Ragnor se divertían imitando la vez que Magnus trató de llevarse a la cobaya, al parecer gritando: «¡Libertad» y «Ahora soy tu líder».

Había muchas posibilidades de que Magnus aún estuviera un poquito borracho.

Al final de toda esa horrible experiencia, abrían en canal a la cobaya y le examinaban las entrañas para ver si la cura había sido efectiva. Al verlo, Magnus vomitó otra vez.

* * *

Unos días más tarde, en Lima, después de todo el trauma y de las cobayas, Catarina y Ragnor finalmente confiaron lo suficiente en Magnus como para dejarlo tomar una (sólo una, y lo vigilaron de un modo ridículo para que así fuera) copa.

—Lo que dijiste «aquella noche» —manifestó Catarina.

Catarina y Ragnor se referían a ella de este modo, y Magnus los oía usar las comillas para darle más énfasis.

—No se preocupen —replicó Magnus animado—. Ya no quiero ser un cactus y vivir en el desierto.

Catarina parpadeó y se encogió ante un evidente e inesperado recuerdo.

—No era a eso a lo que me refería, pero es bueno saberlo. Hablaba de los humanos y del amor.

Magnus no tenía demasiadas ganas de pensar en cómo se había lamentado patéticamente la noche en que le habían roto el corazón. No tenía sentido revolcarse en la miseria. Magnus se negaba. Eso era para los elefantes, la gente deprimida y los elefantes con depresión.

Catarina continuó a pesar de que él no le diera pie.

—Nací de este color. De recién nacida no sabía cómo hacer un *glamour*. No tenía ninguna forma de hacerme ver de otra manera más que como era, todo el tiempo, aunque no fuera seguro. Mi madre se dio cuenta de lo que yo era, pero me ocultó del mundo. Me crió en secreto. Hizo todo lo que pudo para mantenerme a salvo. Le habían hecho un gran daño, y ella devolvió amor. Cada humano que curo, lo hago en su nombre. Lo hago para honrarla, y así sé que al salvarme la vida, ella también ha salvado muchas más a lo largo de los siglos.

Lanzó una mirada fija y seria a Ragnor, que estaba sentado junto a la mesa y tenía la vista fija en sus manos, incómodo, aunque seguía el hilo de la conversación.

—Mis padres pensaban que yo era un niño hada o algo así, me parece —explicó Ragnor—. Porque era del color de la primavera, solía decir mi madre —añadió, y el rostro se le puso de un intenso tono esmeralda—. Evidentemente, todo resultó un poco más complicado que eso, pero para entonces ya me habían tomado cariño. Siempre me tuvieron cariño, aunque mi presencia resultara inquietante, y mi madre decía que era un bebé gruñón. Eso se me pasó con el tiempo, claro.

Un cortés silencio siguió a esa afirmación.

Magnus pensó que debía de ser más fácil aceptar a un niño hada que aceptar que los demonios hubieran engañado o hecho daño a una mujer o, en más contadas ocasiones, a un hombre, y luego hubiera un hijo marcado que le recordara para siempre ese dolor al progenitor. Los brujos siempre nacían de eso, del dolor y de los demonios.

—Es algo que debemos recordar si nos sentimos alejados de los humanos —dijo Catarina—. Debemos mucho al amor humano. Vivi-

mos eternamente gracias él, que meció a niños raros en sus cunas y no se desesperó ni les dio la espalda. Sé de qué lado de mi parentesco he heredado el alma.

Se hallaban sentados fuera de su casa, en un jardín rodeado de altos muros, pero Catarina siempre era la más cauta. Miró alrededor en la oscuridad antes de encender la vela que había sobre la mesa, una luz que apareció de la nada entre sus manos y que transformó su blanco cabello en seda y perlas. Bajo la repentina luz, Magnus la vio sonreír.

—Nuestros padres eran demonios —dijo ella—. Nuestras madres, heroínas.

Eso era cierto.

La mayoría de los brujos nacían con alguna señal inconfundible de lo que eran, y algunos de los niños brujos morían jóvenes porque sus padres los abandonaban o los mataban al considerarlos criaturas extrañas. A otros los criaban como a Catarina y a Ragnor, con un amor que era mayor que el miedo.

La marca de brujo de Magnus eran sus ojos, con las pupilas verticales, de un color luminoso verde y dorado en los lugares indebidos; pero esas características no se le habían desarrollado de inmediato. No había nacido con la piel azul de Catarina o la verde de Ragnor; había nacido como un niño aparentemente humano con unos ojos raros de color ámbar. La madre de Magnus tardó en darse cuenta de que el padre era un demonio; no fue hasta que se acercó a la cuna una mañana y vio a su hijo mirándola con los ojos de un gato.

Entonces supo lo que había pasado, que lo que fuera que había ido a ella en la noche con la forma de su esposo no había sido él. Después de ese descubrimiento, no había querido seguir viviendo.

Y no siguió.

Magnus no sabía si su madre había sido una heroína o no. Cuando murió no tenía la edad suficiente para saber de su vida o para comprender totalmente su dolor. No podía estar seguro del mismo modo que Ragnor y Catalina parecían estarlo. No sabía si, cuando su

madre descubrió la verdad, había seguido queriéndolo o si todo su amor había sido borrado por la oscuridad. Una oscuridad mayor que la que habían conocido las madres de sus amigos, porque el padre de Magnus no era un demonio cualquiera.

—Y vi caer a Satán —murmuró Magnus a su copa—, como un rayo del cielo.

Catarina se volvió hacia él.

—¿Qué has dicho?

—Alégrense de que sus nombres estén escritos en el cielo, querida —contestó Magnus—. Estoy tan conmovido que río y me tomo otra copa para no llorar.

Después de eso dio un paseo por el exterior.

Entonces recordó por qué, en aquella oscura noche de borrachera, les había dicho que quería ir a Moquegua. Magnus sólo había estado allí una vez, y no por mucho tiempo.

Moquegua significaba «lugar tranquilo» en quechua, y así era exactamente el pueblo, y ésa era exactamente la razón por la cual Magnus se había sentido intranquilo allí. Las pacíficas calles adoquinadas, la plaza con su fuente de hierro forjado donde jugaban los niños, no eran para él.

Su filosofía de vida era no parar, y en lugares como Moquegua entendía por qué era necesario seguir moviéndose. De no hacerlo, alguien podría ver cómo era en realidad. No es que creyera ser espantoso, pero aún seguía oyendo aquella voz en su cabeza como una advertencia: «Mantente en constante movimiento o toda la ilusión caerá sobre sí misma».

Magnus recordaba estar tendido sobre la arena plateada del desierto de noche y pensar en lugares tranquilos a los que no pertenecía, y cómo, a veces, creía, igual que creía en el paso del tiempo, en la alegría de vivir y en la absoluta y despiadada injusticia del destino; que no había en el mundo ningún lugar tranquilo para él y nunca lo habría. «No tentarás al Señor tu Dios.»

Tampoco era aconsejable tentar a los ángeles, incluso a los caídos.

Sacudió la cabeza para alejar ese recuerdo. Incluso si eso era cierto, siempre habría otra aventura.

Pueden pensar que la espectacular noche de ebrio desenfreno de Magnus y sus incontables crímenes deberían ser la razón por la que le prohibieron la entrada en Perú, pero resulta que ése no es el caso. Sorprendentemente, a Magnus se le permitió volver a entrar en Perú. Muchos años después regresó, esta vez solo, y sí que corrió otra aventura.

1962

Magnus estaba paseando por las calles de Cuzco, ante el convento de la Merced y por la calle Mantas, cuando oyó la voz de un hombre. Lo primero que notó fue que era muy nasal. Lo siguiente fue que estaba hablando en inglés.

—No me importa lo que digas, Kitty. Insisto en que podríamos haber tomado un autobús a Machu Pichu.

—Geoffrey, no hay autobuses de Nueva York a Machu Pichu.

—Bueno, la verdad —repuso Geoffrey tras un silencio—, si la National Geographic Society habla de ese maldito lugar en sus publicaciones, al menos podría haber organizado un autobús.

En ese momento Magnus pudo verlos, metiéndose entre las arcadas que flanqueaban la calle, pasada la torre del campanario. Geoffrey tenía la nariz de un hombre que nunca calla. Se le estaba pelando por el sol ardiente y el clima árido, y los bordes de sus pantalones blancos, antes impecables, estaban marchitándose como una triste flor sin agua.

—Y además están los nativos —protestó Geoffrey—. Esperaba poder tomar algunas fotos decentes. Tenía la idea de que eran mucho más coloridos, ya sabes.

—Es casi como si tuvieran que estar aquí para tu diversión —dijo Magnus en español.

Kitty se volvió al oírlo, y Magnus vio una carita burlona y un

cabello pelirrojo meciéndose bajo el ala de un gran sombrero de paja. Sus labios se fruncían.

Geoffrey se volvió cuando ella lo hizo.

—Oh, buen hallazgo, querida —exclamó—. A eso es a lo que yo llamo «colorido».

Era cierto. Magnus llevaba más de una docena de mascadas de diferentes colores cuidadosamente colocadas para que ondearan a su alrededor como un arco iris de fantasía. Sin embargo, no lo impresionaron mucho las dotes de observación de Geoffrey, ya que, al parecer, éste era incapaz de imaginar que alguien con la piel oscura pudiera ser un turista como él.

—Oye, muchacho, ¿quieres que te tome una foto? —preguntó Geoffrey.

—Eres un idiota —lo increpó Magnus con una radiante sonrisa.

Magnus seguía hablando en español. Kitty se tragó una carcajada y la convirtió en tos.

—¡Pregúntaselo, Kitty! —exclamó Geoffrey, con el aire de pedir a un perro que levantara la patita.

—Le pido perdón en su nombre —se excusó ella en un español titubeante.

Magnus sonrió y le ofreció el brazo con gesto elegante. Kitty saltó sobre las losas, tan gastadas por el tiempo que brillaban como el agua, y se colgó de él.

—Oh, encantador, encantador. A mamá le gustará muchísimo ver estas fotos —exclamó Geoffrey entusiasmado.

—¿Cómo lo aguantas? —preguntó Magnus.

Kitty y Magnus sonrieron como actores, mostrando los dientes, extáticos y totalmente falsos.

—Con cierta dificultad.

—Permíteme ofrecerte una alternativa —sugirió Magnus entre los dientes cerrados de su sonrisa forzada—. Escápate conmigo. Ahora. Será una aventura maravillosa, te lo prometo.

Kitty se le quedó mirando. Geoffrey se volvió en busca de al-

guien que pudiera tomarles una foto a los tres juntos. Tras la espalda de Geoffrey, Magnus vio a Kitty comenzar a esbozar una lenta y encantada sonrisa.

—Oh, muy bien. ¿Por qué no?

—Excelente —repuso Magnus.

Se volvió, la tomó de la mano y salieron corriendo entre risas, juntos por la soleada calle.

—¡Será mejor que vayamos rápido! —exclamó Kitty sin aliento mientras corrían—. No tardará en darse cuenta de que le he robado el reloj.

Magnus parpadeó sorprendido.

—¿Perdona?

Se oyó un ruido tras ellos. Sonaba como un alboroto. Aunque no podía decirse que fuera por su culpa, Magnus estaba bastante familiarizado con el sonido que produce llamar a la policía y también con el de las persecuciones.

Metió a Kitty en un callejón. Ella seguía riendo mientras se desabrochaba los botones de la blusa.

—Probablemente tarde un poco más —murmuró. Los botones de nácar se apartaron lo suficiente para mostrar el repentino destello de esmeraldas y rubíes— en darse cuenta de que también le he robado todas las joyas de su madre.

Le lanzó una pícara mirada a Magnus. Éste se echó a reír.

—¿Te dedicas a engañar a un montón de ricos inaguantables?

—Y a sus madres —remarcó Kitty—. Seguramente me podría haber quedado con ellos por la fortuna familiar, o al menos por su dinero, pero un hombre muy apuesto me ha pedido que me escape con él, y he pensado: «Pues a la mierda».

El ruido de la persecución se acercaba.

—Estás a punto de alegrarte mucho de haberlo hecho —le dijo Magnus—. Como me has mostrado lo tuyo, creo que es justo que te enseñe lo mío.

Chasqueó los dedos, asegurándose de que brotaran chispas azu-

les para impresionar a la dama. Kitty fue lo bastante lista para darse cuenta de lo que pasaba en cuanto uno de los primeros perseguidores miró hacia el callejón y siguió corriendo.

—No pueden vernos —susurró—. Nos has vuelto invisibles.

Magnus alzó las cejas e hizo un gesto como señalando lo evidente de la situación.

—Como puedes ver —asintió—. Y ellos, en cambio, no.

Magnus había visto a humanos sorprendidos, asustados y asombrados por su poder. Kitty se lanzó a sus brazos.

—Dime, apuesto desconocido, ¿qué te parece un poco de delincuencia mágica?

—Suenas como a una aventura —contestó Magnus—. Pero prométeme una cosa. Prométeme que siempre robaremos a los que se lo merecen y gastaremos el dinero en bebida y trastos inútiles.

Kitty lo besó en la boca.

—Lo juro.

Se enamoraron, y no el tiempo que podía durar una vida mortal, sino únicamente lo que duraba un verano mortal, un verano de risas, carreras y persecuciones en varios países.

Al final, el recuerdo favorito de Magnus de ese verano fue una imagen que nunca llegó a ver: la última foto de la cámara de Geoffrey, de un hombre con un rastro de brillantes colores y una mujer escondiendo otros aún más brillantes bajo una blusa blanca, ambos sonriendo porque sabían algo que Geoffrey no podía ni imaginar.

El repentino cambio de Magnus hacia una vida de delincuencia, sorprendentemente, tampoco fue la razón por la que se le prohibió quedarse en Perú. El Consejo Superior de los brujos peruanos se reunió en secreto, y varios meses después se le envió una carta a Magnus en la que se le anunciaba que se le había prohibido la entrada en Perú, bajo pena de muerte, por «crímenes indecibles». A pesar de sus preguntas, nunca recibió la respuesta al porqué de esa prohibición. Hasta el día de hoy, lo que fuera que hizo para que le prohibieran la entrada en Perú es, y quizá siempre lo será, un misterio.